

mida, como por la desazón en que estaba por la tardanza de su tío; habían sido tan simultáneos é imprevistos los sucesos de aquella mañana que estaba receloso é inquieto. Temía la intercesión del Licenciado; le asustaba la manía del tío y le alarmaban las visitas del cura. . . . En un momento podían venirse abajo sus dorados sueños como castillos en arena; todo vano; todo mentira; todo ilusión; todo falso; todo engañoso; todo cisco y carbón, cual tesoro de duende. . . . ¿Y por quién?

Por un intruso. . . . por un hijo recogido de en medio del arroyo por manos mercenarias que se meterían dentro, muy dentro, del caudal de su tío, y le robarían la parte que era del sobrino sumiso, del dependiente trabajador, del apoderado constante. ¡Nunca! ¡Nunca!

Y Sátrapa golpeaba duramente la mesa y gesticulaba feroz como si se defen-

diera de oculto enemigo, quitándose la máscara apacible de todos los días.

Entró el señor Illescas con fisonomía más tranquila; Sátrapa le vió con el rabillo del ojo á tiempo que decía con acentuado interés:

— «¿Qué le ha pasado á mi señor tío esta mañana? . . . La sopa está por servirse; son las doce y cuarto y aún no comemos; esa inapetencia lo está matando. . . . ¡Vamos á ver, beba Ud. esta copita de amontillado! . . . ¡Yo acompañaré á Ud. con coñac! . . . ¡A su salud, querido tío! . . . »

La comida fué silenciosa; Illescas á todo contestaba con monosílabos y Sátrapa estaba de mejor humor que nunca; charlaba, charlaba con su voz melosa y su decir insinuante. De los buenos tiempos; de las grandes cosechas; de las abundantes recolecciones; de futuros proyectos y de fabulosas ganancias; la casa en sus manos marchaba con la precisión de un reloj; el próximo balance

calculaba que rendiría una utilidad líquida de veinte mil pesos. . . . ¡Una fortuna! . . . En la cercana primavera el tío se embarcaría para Europa. . . . un viaje de recreo, y después á dar con los huesos más fuertes y las carnes menos flacas al pueblecillo que le vió nacer. . . . ¿Qué mayor ventura, eh? . . . »

Ni estas fantasmagorías de un anunciado viaje sacaban de su mudez al tío. Vino el café.

—A Ud. muy clarete, mi querido tío, porque el médico ha prohibido que se le dé espeso. . . . ¡ataca tanto á los nervios!

Concluída la comida, Illescas, con paso más ligero, sin necesitar del brazo de Sátrapa, sino apoyándose en el grueso garrote que le servía de bordón, entró á su aposento, atrancó la puerta y dejó al cariñoso sobrino haciendo mil calendarios de la mudez en la hora del almuerzo.

El Licenciado andaba á grandes zancadas por el reducido y caluroso cuarto

del Hotel; parábase de pronto, encendía un cigarrillo y proseguía sus paseos.

Había comido poco, ¡él que era tan comilón! Aquel percance lo descorazonaba. . . . ¡Se las había prometido galanas y le salía del huevo el pollo piando!

«¡Me parece que el tal sobrino me engaña! . . . Yo no me fio jamás de gente comedida y empalagosa. . . . de esa que todo lo arregla con afeminada fineza y con ceremoniosas cortesías. . . . ¿Y si el Illescas de la Villa no es el Illescas de Don José, entonces sí que me luzco como hay Dios? . . . ¡Pero el Illescas de aquí se empeña en reconocer al hijo de allá! ¡Menos malo, Sanchete, menos malo, que todo está en saber dar en el clavo! . . . ¡Si no fuera por ese meloso de Sátrapa que no se le quita de los talones al irresoluto y estúpido tío! . . .

«¡Calma, Sanchete, calma, mucha calma, no se te vayan los pies y te levanten la caza! . . . ¡Si yo pudiera sobornar á los criados. . . me metería furtivamen-

te en la habitación del viejo! . . . Entonces la cosa marcharía á pedir de boca . . . ¡Pero Sátrapa, siempre Sátrapa! . . . ¡La sombra de su tío! . . .»

Aquí hizo punto á su soliloquio el preocupado Sanchete y tomó asiento en el borde de la única y mezquina cama que había en el cuarto; se sentía cansado, materialmente molido; las encontradas ideas y las inmediatas resoluciones que batallaban dentro de su cerebro magullaban y abatían sus cuidadas carnes.

De vez en cuando, en medio de profundas reflexiones, exclamaba:

—¡Sátrapa! . . . ¡Sátrapa! . . . Para quedarse en largo silencio.

Dos golpecitos dados discretamente á la puerta lo apartaron de su meditación.

—¿Quién?—preguntó, con tono airado.

—¿Se puede entrar?—contestaron de afuera.

—«¡Pase; no está echada la llave!»

El criado dió vueltas á la perilla del

picaporte y entró para entregar silenciosamente y servilmente (con esa humillante prostración de los sirvientes arribeños), una carta al Licenciado.

El criado giró sobre sus talones, tomó la puerta y cerróla presto.

El sobrescrito estaba con letra completamente desconocida para Sanchete de la Sanchada; no traía sello de correo y con letra fina y clara decía:

«Señor Lic.  
D. Sancho Sánchez Sanchete de la Sanchada.  
Presente.»

Ni las iniciales en uno de los ángulos del reverso, ni el membrete en el margen del frente, nada que indicara la procedencia de la carta; la falta de franqueo indicaba bien á las claras que la persona que la escribía no era foránea; pero ¿quién sería esa persona? . . . ¿Sátrapa acaso? Y el Licenciado le daba vueltas y vueltas á la carta queriendo adivinar antes de abrirla el contenido de ella. . .

¡Son las cartas tan traidoras! ¡Traen a veces en su oculto seno pócima que mata, dinero que regocija y cobranza que enfada! . . .

—¡Ea!—exclamó Sanchete—echemos provisiones fuera y ¡véamos lo que esta carta trae!

Rasgó la cubierta precipitadamente, desdobló el pliego con rapidéz, y leyó lo que sigue:

«Villa de las Granadas, S. C., mayo 26 de 1883.

Sr. Lic. D. Sancho Sánchez Sanchete de la Sanchada.

En el Hotel del . . .

Muy señor mío de toda mi consideración:

Los deberes de mi sagrado ministerio me obligan á distraer por un momento la ocupada atención de Ud., al extremo de suplicarle, muy atentamente, que concurra hoy, á las cinco de la tarde, al cuartato de mi cargo, donde deseo tener con Ud. una larga conferencia acerca de un

asunto de importancia particular para Ud. y de interés personal para mí.

Perdone la molestia que pueda inferirle con mi petición, y mande como guste á su afmo. amigo, atto. y S. S.

J. M. REBOLLEDO.

Cura párroco de . . . .»

Y seguía una rúbrica enmarañada en el comienco y larga y tendida en el final.

«¡El cura!»—exclamó Sanchete—¡Vamos, el día ha sido completo! . . . ¡Un loco! . . . un Sátrapa! . . . y un cura! . . . .

¡Adelante con los faroles!»

El Licenciado se alegró de la misiva, por presentársele ocasión de departir con alguna persona fuera de los asfixiantes tabiques de aquel cuartucho de Casa de Huéspedes con el pomposo rótulo de «Hotel.»

«¡Con tiento, Sanchete, con tiento! . . . ¡Cuidado con un lazo!»

Así barbotaba, mientras se despojaba del cuello, quitábase la camisa y se que-

daba en paños menores; ya en tan ligero traje, echó agua en la no muy limpia palangana de peltre, inclinose sobre de ella y se propinó precipitadas y ruidosas abluciones; y pensando y meditando siempre, para formarse castillos en el aire, pausadamente abrió la petaquilla de cuero que yacía en un rincón; desató las correas que sujetaban camisas y ropa blanca; escogió la pechera más albeante, entresacó del haz de cuellos el más alzado y lustroso; comenzó á vestirse con lentitud y esmero, de igual suerte que si se acicalara para ir á sonada fiesta.

¡Quién sabe qué habría de novelesco en aquella entrevista!

Y como un relámpago pasaba fulgurando por cima de un montón de meditaciones maduras y viejas la idea fugaz de algún amorío, alguno de esos deslices pecaminosos de que gustan tanto las mujeres. . . . Y Sancho Sánchez Sanchete de la Sanchada se veía seducido por una guapa hembra. . . . mitad ángel, mitad

demonio. . . . viuda quizás, que había ido á los pies de su confesor á echar el pesado fardo de su pasión abrasadora y desbordante.

De pronto, las aspas de aquel molino de viento, que llevaba el Licenciado dentro de la cabeza, dieron vuelta en dirección contraria al impulso de nueva racha y. . . . ¡Adiós pasión desbordante y hermosa y codiciada pecadora! . . . . Quedaba el rastro luminoso de aquel relámpago fugitivo, y volvía Sátrapa y el Sr. Illescas á ocupar todas sus aglomeradas imaginaciones. . . .

«¡Ajajá! . . . ¡Estoy listo para concurrir á la cita! . . . ¡Ahora veamos la hora! . . . ¡Caspitina, si son las cinco menos cuarto en mi reloj! . . . ¡En marcha! . . . ¡Ah! se me olvidaba el bastón!»

De paso por el reducido espejo del tabuco echó una mirada á su persona; se atusó el bigote; arreglose los lentes; hizo girar violenta y repetidas veces el bastón entre el índice y el cordial, y salió er-

guido, altanero y satisfecho con aparatosa marcha, el arrogante Lic. Sancho Sánchez Sanchete de la Sanchada, en dirección al curato para llegar puntualmente á la cita.

«Pase ud., señor!»—le dijo el rapave-las.

El Licenciado entró en una pieza cuadrilonga, en parte biblioteca y en parte despacho; en un lado se sucedía una estantería con anaqueles repletos de libros: la Summa de Santo Tomás de Aquino, «el ángel de las escuelas;» las obras de fray Luis de León; la Biblia, con lomos negros y cantos dorados, sobresaliendo de entre sus hojas marcas con cintas verdes, rojas y azules, y otros y otros en apretado ajustamiento; de este otro lado, un armatoste con libracos empolvados y viejos, descabalados unos, enteros otros y raídos todos; era el archivo de la parroquia; las rojas cortinas que sirven de cubierta á la biblioteca están descorridas en tupidos pliegues por un extremo de

la estantería; el archivo no contaba con ningún lienzo, y así estaba él, sucio, entelarañado y desteñado.

Entre las dos hileras de anaqueles se levantaba, severo é imponente, un crucifijo de alta talla, moreno por el humo del incienso y el chisporrotear de los cirios; sobre el pecho, ensangrentado, caía su cabeza, contraída por supremo dolor, coronada de crueles espinas, con los ojos vidriosos y atentos; la melena hirsuta, la boca entreabierta, violácea y moribunda. En medio de la estancia, una mesa; sobre de ella libros de consulta diaria: el breviario y el Manual Diocesano; los sermones de Massillon abiertos por una de sus páginas; unos periódicos enfajillados en rimeros, con marbetes color de rosa y letras negras, pequeñas y apiñadas, en las cuales se leía la dirección; «El Tiempo» doblado en cuatro dobleces en una silla y sobre el cartapacio, desplegado á lo largo de la primera página, «La Voz;» atrás de la mesa y

encima de la silleta con mullido cojín, un cuadro de «Mater Dolorosa» con sus siete puñales en el pecho, el entrecejo contraído y la afligida mirada en alto. En otro lugar, la imagen en escultura de un santo, envuelta en largos y ceñidos paños, cubierto el rostro con un lienzo blanco semejante á un sudario, divergentes y abiertas las dos manos, en cuyas palmas se veía el labio enrojecido de las inhumanas heridas de los clavos. . . . En aquel bulto la imaginación despierta del Licenciado adivinaba la figura del «Corazón de Jesús,» que parecía decir: «¡Mi reino no es de este mundo!» En los huecos que dejaban los estantes y en los de las paredes, unas cuantas sillas en ringlera; á ambos lados de la mesa dos cómodas poltronas y en el suelo un tapete de color indefinido.

El Licenciado tomó asiento en una de las poltronas de junto de la mesa; al ver el periódico instintivamente alargó la mano y tomó el diario atraído por las le-

tras de imprenta. . . . ¡Había vivido tanto tiempo entre periódicos y periodistas!

«Pro aris et focis certare.»

—¡Latines! . . . ¡Si sabré yo dónde llegan tales latinajos! . . . ¡Cuánto más claro sería ponerlo en castellano crudo y entero! . . .

Y seguía leyendo: «Otra vez el tifo ante los académicos» . . . ¡El tifo! . . . ¡académicos! . . . ¡uf! . . . «Satisfacción cumplida al señor Pbro. Don Francisco Salvador! . . . ¡Palo, mucho palo daría yo, en vez de satisfacciones caballerescas! . . .»

Y así se entretenía el Licenciado, leyendo títulos, comentando epígrafes y rezongando siempre para matar el tiempo en tanto llegaba el cura, sin leer nada, ni enterarse del periódico.

Oyó pasos que se acercaban; dejó el periódico sobre el cartapacio; se puso en pie y esperó con estudiado continente la llegada del sacerdote.

Pequeño, achaparrado, metido en car-

nes; franca la mirada y sonriente la boca, cubierta la cabeza con el solideo; tal era el tipo del señor cura.

Alargole francamente la mano al Licenciado; y Sanchete la estrechó con ruidosa efusión para sentarse obedeciendo al ademán que con la diestra le hizo el párroco, quien excusó su tardanza en esta forma:

—Perdone Ud., señor Licenciado, que le haya hecho esperar algunos minutos; las exigencias de mi curato me obligaron á esta tardanza. . . . la confesión de un moribundo. . . .

—No tiene Ud. por qué pedirme excusas, señor cura, y estoy completamente á las órdenes de Ud. para servirle en forma y término que Ud. disponga, digo, que Ud. man. . . man. . . mande!

—¡Gracias! Es Ud. muy amable.

Entrando en el asunto, diré á Ud., que el caso que me impulsó á llamarle es de aquellos que no merecen espera; se trata de un caso de conciencia: uno de mis

hijos de confesión me dió amplias facultades para que arreglara un negocio difícil en su estructura, pero fácil de componer en el fondo. . . . Aquí no voy en contra del secreto del tribunal de la penitencia, ¡líbreme Dios! sino que tengo poder y carta blanca para proceder conforme lo juzgue conveniente. . . .

—Usted dirá, señor cura, en qué puedo servirle. . . .

—Un poquito de paciencia y llegaremos al final. . . .

¿Usted conoce al señor Illescas?

—Sí, señor; precisamente esta mañana estuve en su despacho. . . . por cierto que. . . .

—Sí, señor Licenciado, conozco en detalle toda la escena. . . . Ahora deseo ganar tiempo y vamos al caso:

¿Personalmente ha visto Ud. al hijo del señor Illescas?

—Como estoy viendo á Ud. en estos momentos, señor cura—contestó con aplomo. . . .



—¡Quería yo tener esta certeza!

Ahora, dígame Ud., y permíname tan minucioso interrogatorio... ¿Tiene Ud. pruebas reales, fehacientes, de que ese señor que Ud. conoce es hijo del Infanzón Illescas?

—¿Pruebas?... De momento no puedo presentarlas... pero con el... el... el... tiempo, ¡sí!... Es cuestión de espumar archivos, consultar registros, obtener testimonios, comparecer ante jueces...

—Por allí debía Ud. de haber comenzado, señor Sanchete!...

—Ciertamente, ese era el camino de derecho... pero yo quería antes de dar cualquier paso en el terreno judicial, consultar al señor Illescas, saber de sus propios labios la verdad monda y lironda...

—La verdad, señor Licenciado, es esta:

«Illescas hace treinta y cinco años abandonó á una mujer con quien tuvo amoríos. De esos amores nació un chico...

—Conozco la aventura con todos sus pormenores...

—Pues bien, el caso es probar que aquella criatura abandonada, existe; porque bien pudiera suceder que nos equivocáramos... ¡hay desgraciadamente tantos huérfanos en el mundo!... ¡El corazón humano es tan ingrato!... ¡Las asechanzas del demonio tan arteras!...

Y de ese error, lamentable en todos conceptos, el perjudicado sería Ud. en su reputación de juriconsulto, el avergonzado Illescas y el humillado la persona que Ud. designa como hijo legítimo...

—Puede Ud. creerme, señor cura, que de mi mano estará evitar cualquier error... veré la cosa como mía... y sacaré avante y sin mancha la verdad en el litigio... si llegamos á los tribunales...

—No creo que sea preciso andar entre jueces y alegatos... La gran cuestión aquí, señor Licenciado, es el reco-

nocimiento del hijo por el padre. . . . Preocupación de Illescas con este em-  
filiación en forma. . . . Puede hacerse brollo, que cualquiera inconveniencia le  
jos de toda promoción jurídica. . . . ; Es tan fiel cristiano! . . .  
el hijo se presentara!

—¡Yo me encargo de traerlo, señor cura!—ofreció Sanchete con su acostum-  
brado atolondramiento.

—¡Perfectamente bien! Vuelta la oveja  
descarriada al redil, justo es ponerla jun-  
to al cordero. . . . ¿No opina Ud., señor  
Licenciado?

—Desde luego. . . . Ese es el lazo de  
unión.

—Están arreglados los preliminares  
del asunto, mejor de lo que me espera-  
ba, señor Licenciado; ahora, para afir-  
mar más este negocio, se necesita de la  
presencia del señor Illescas. . . . pactar  
con él y convenirnos cómo y cuándo se-  
rá el viaje de la criatura. ¡Ya Ud.  
me entiende!

—Voy á hacerle llamar. Procure Ud.  
ser parco en palabras y váyase con tí-  
no. . . . porque es tal y tan grande la

preocupación de Illescas con este em-  
brollo, que cualquiera inconveniencia le  
; Es tan fiel cristiano! . . .  
¡Es tan fiel cristiano! . . .

—Dije á Ud., al comienzo de esta con-  
ferencia, que Ud., señor cura, mandaba  
y yo obedecía, de suerte que puede pre-  
sentarse el señor Illescas seguro de que  
cumpliré mi palabra. . . .

Y el cura, levantándose de la poltrona,  
salió por una puerta y volvió inmedia-  
tamente trayendo en su compañía al se-  
ñor Illescas.

El Licenciado saludó con su habitual  
cordialidad; el cura tomó el asiento que  
antes ocupara; Illescas se vino á colocar  
frente al Licenciado, y éste dijo apresu-  
radamente:

«El señor cura nos reúne aquí para  
tratar el asunto que todos conocemos. . . .  
Yo sólo pido á Ud., señor Illescas, auto-  
rización para traerle á sus brazos al hijo  
que. . . que. . . que busca hace años! . . .»

El señor Illescas hizo ademán de le-

vantarse; el cura, viendo el movimiento, puso con suavidad su mano derecha sobre el hombro del débil anciano, obli- gándole á quedarse sentado, al par que le decía pausadamente: «Calma; nada de fuertes sensaciones y de vehemencias de palabras... ¡Venga la autorización de Ud. y asunto terminado!

—Se la doy al señor Licenciado... pero que me lo traiga pronto, pronto...

—Tan pronto como se pueda, agrego el Licenciado.

—Yo escribiría una carta... pero mis manos están débiles... ¡tiembla tanto mi pulso!... Las ideas se me atropellan... ¡Qué larga sería mi carta!... ¡El diario de mi vida!... ¡No puedo!... ¡No puedo!... ¡Qué horrible es la impotencia!...

¡Pero dígame Ud. que venga... que venga!... ¡Hace tanto tiempo que le espero!... La incertidumbre, el temor, la pena. ¡Todo... todo se oponía al cumplimiento de mi deseo!...

Le llamaba... ¡Y nadie me respon-

... ¡El silencio, el silencio siempre! Qué atroz es el remordimiento!...

—Serénese, señor Illescas, serénese, que esa desesperación puede hacerle mucho daño!...

—¡Serenarme!... ¡Callarme!... Callarme cuando hace treinta y cinco años

que no hablo, que estoy mudo, que soy insensible, que soy un monstruo, un ani-

mal dañino perseguido de las fieras y maldecido de los hombres... un pobre

delincuente que lleva encima su pecado como un fardo; que pide piedad y en-

cuentra castigo; que pide perdón y obtiene desprecio... ¡Oh, no!... ¡Callar-

me es imposible!... ¡Hablaré, gritaré: ¡Mi hijo!... á la faz de todo el mundo,

si! Que se sepa mi falta, que se condene mi abandono... pero que tenga yo el

derecho de llamar hijo mío al que ha vivido separado de mí por el destino...

por el cruel destino que me dió dinero á manos llenas para sepultarme después

en la más despiadada de las torturas...

Y como viera un movimiento de cabeza del Licenciado cada vez que se interrumpía el relato con fuertes golpes de tos prosiguió con furia:

«¡Ustedes también me tienen por loco!... ¡Qué castigo más duro!... ¡Loco! loco!... ¡Mentira! ¡Calumnia!... ¡Sí, sí, voy á volverme de tanto oír esa maldita palabra en mis oídos!... ¡Loco cuando ahora estoy más cuerdo que nunca... porque he vuelto al camino de la razón, porque he comprendido la enormidad de mi falta y propongo el medio seguro y honrado de repararla... ¡Loco, loco!... ¡Qué locura más grande!... ¡Ahora que veo todo claro á la luz de mi conciencia, purificada y redimida, que alumbraba el camino obscuro de mis pasados años... de mi calvario... ¡Dios mío!...

—¡Estamos en lo dicho!—exclamó el cura dirigiéndose al Licenciado con ánimo de no prolongar más aquella escena, que iba haciéndose conmovedora.

El Licenciado, por toda respuesta, to-

mó su sombrero y su bastón; saludó respetuosamente al cura; tendió la mano al infeliz Illescas y salió con paso firme de la estancia, donde quedaban un padre llorando por su hijo y un sacerdote orando por salvar á los mortales de las garras del pecado.

